

once, y son servidos por Japoneses. Las casas son de alquiler, pero pueden amueblarlas á su gusto, y el gobierno les designa los operarios de que han de valerse, y los comerciantes con quienes deben tratar: frecuentemente el mismo gobierno compra todo el cargamento, y siempre lo valúa. Cuando las mercancías han sido vendidas, adquiere las que los extranjeros desean llevar de retorno, y no permite que estos toquen siquiera el dinero. Nadie puede salir de Dezima sin autorizacion superior, y un grande acompañamiento de vigilantes, y el populacho va detras, prurriendo en el grito injurioso de ¡Orando, Orando! El Europeo que desea disfrutar tan triste satisfaccion, tiene que dar un banquete á toda la comitiva. Durante la noche, las puertas de Dezima no se abren por ningun motivo.

« La avaricia, dice Kämpfer (1), ha podido tanto para con los Holandeses, que ántes que abandonar tan lucrativo comercio, se han sujetado á una prision casi perpétua, pues bien merece este nombre nuestra residencia en Dezima; resignándose á sufrir los malos tratamientos de una nacion extranjera y pagana, á privarse del culto divino en los domingos y días feriados, á abstenerse de rezar ni cantar salmos en público, á no persignarse ni pronunciar el nombre de Jesus en presencia de los naturales, y en general á evitar todas las señales exteriores de Cristianismo, sobrellevando con bajeza y paciencia las injurias de infieles orgullosos que tanto repugnan á hombres bien nacidos. *Quid non mortalia pectora cogis, auri sacra fames?* »

Un incidente que influyó mucho en la suerte de los Europeos, puede dar idea de la situacion de estos en el Japon. Enviado allí en clase de embajador del consejo de Batavia el Holandés Pedro Nuytz, se tituló por vanidad embajador del rey de Holanda, obteniendo así la preferencia respecto de los demas, pero descubierta la impostura, fué despedido sin contestacion. En vez de castigarle, los Holandeses le encargaron el gobierno de Formosa, adonde llevó su odio contra los Japoneses, desarmando dos grandes buques de esta nacion que llegaron á la isla, del mismo modo que se efectuaba en el Japon, tratando mal á su tripulacion, y no permitiéndole ni seguir su ruta, ni volverse á su país. Los negociantes japoneses, irritados con tal conducta, se sublevaron, y apoderándose de la persona del gobernador, le obligaron á restituir el armamento de los buques. Los Holandeses no se atrevieron á recurrir á la fuerza por temor de perder su lucrativo comercio, y se sometieron á dar rehenes, y ademas tanta seda como los dos buques hubieran podido cargar en la China; á pagar los gastos del viaje, y á desarmar sus mismas naves hasta que las de los Japoneses hubiesen partido. Cuando en el Japon se supo esta ocurrencia, se aumentó la descon-

(1) Lib. IV, cap. 6.

fianza hácia los comerciantes holandeses; no se les insultó, pero tampoco se oyeron sus reclamaciones, y durante cinco años se les tuvo en un verdadero cautiverio, hasta que la compañía decidió entregar á Nuytz para que, castigado el culpado, perdonasen á los inocentes. Por este medio se alzó el secuestro, y empezó otra vez el comercio, habiendo devuelto los Japoneses al mismo Nuytz, sin mas daño que el miedo recibido. Este suceso demostró á los Holandeses la necesidad en que estaban de no inferir la menor ofensa capaz de provocar una reaccion desgraciada, y de tener siempre adicto á sus intereses á un ministro japonés á costa de regalos, sujetándose por otra parte á toda clase de humillaciones.

La compañía está obligada á mandar cada año una embajada al kubo, á Yeddo, y tenemos la descripcion de la correspondiente á 1776, á cuya cabeza iba el señor Fheit, seguido de 200 personas. Iba con ellos un banios, que viajaba en un gran palanquin precedido de una pica en señal de su autoridad, y llevando tras sí un numeroso séquito, y en él un intérprete, encargado de atender á las necesidades del viaje, costeado por la compañía. Los Europeos viajaban con la comodidad posible, y los Japoneses á pié ó á caballo, con sombreros cónicos atados debajo de la barba, un abanico, un quitasol, y algunos usaban anchas capas de papel untado de aceite. Una multitud de curiosos acudia á ver esta gran comitiva, la cual observaba lo poco que le era permitido. De distancia en distancia hallaron baños sulfúreos calientes, cuyo uso es frecuente entre los naturales; fábricas de aquellas admirables porcelanas que tanto han degenerado, y aldeas de considerable extension que solo se diferencian de las ciudades por estar formadas de una sola calle. En la frontera de cada provincia, encontraban un comisionado que les ofrecia cuanto necesitaban, y los acompañaba hasta que entraban en otra. Atravesaron caminos anchos y bien contruidos, con zanjas para la corriente de las aguas, hileras de árboles, y mojones que marcaban las leguas. Las casas, compuestas de un piso bajo para habitar, y de otro alto para granero, son de bambú y mezcla, y los aposentos están divididos por papel trasparente. En las de recreo no permitieron que entrasen los Holandeses. Los palanquines son conducidos por hombres que, levantándolos cuanto pueden, corren con la mayor velocidad.

Al llegar á Yeddo, enviaron los embajadores sus regalos al emperador y á los ministros, presentándose despues vestidos pomposamente con espadas y anchas capas de seda, y prosternándose hasta tocar el suelo con la frente; pero la entrevista fué muy corta, consistiendo en breves palabras y escasas respuestas, iguales siempre.

La exclusion de los extranjeros subsiste hoy con tanto rigor como al principio; tanto que habiéndose apoderado los Ingleses de Java en 1811, trataron de suplantar á los Holandeses en

su factoría privilegiada, y no pudieron lograrlo. Un barco de Batavia llega todos los años á Nangasaki; pero inmediatamente se apoderan de él y lo desarman. El gobierno vende todas las mercancías, y entrega su valor á los Holandeses, ordenándoles lo que deben llevar al siguiente año. Dicese que en lo interior, el comercio goza de una libertad completa, sin hallarse cargado de impuestos; que los caminos son buenos, y que los puertos están poblados de buques (1).

CAPÍTULO XX

China. — Dinastía XXI. — Los Mings. — 1468 1644.

Dejamos á la China bajo la dominacion de los Mogoles (lib. XII, cap. 14); pero Chu-yuan-chang, abandonando el arado y cansado de los humildes oficios que le imponian los bonzos, se coligó con los que detestaban la dominacion extranjera. Su mérito le condujo á los mas altos puestos, hasta que logró sentarse en el trono, con el nombre de Ung-wu, y el título de Ming-tsai-tsu, ó sea bisabuelo de Ming. La fortuna consolidó la dinastía de los Mings; y las alabanzas de los historiadores chinos ensalzan á este príncipe, no solamente por haber librado á su patria del yugo extranjero, y obtenido, mediante su valor personal, el alto grado que otros daban á la casualidad del nacimiento, sino tambien por haber sido, segun dicen, un modelo de virtudes, así públicas como privadas.

No bien se apoderó de su ciudad nativa, cuando fué en derechura al sepulcro de sus padres, y prosternándose hasta tocar el suelo, dijo á sus oficiales: « En la pobreza en que nací, nunca ambicioné mas fortuna que la que disfruté mi padre. Al entrar en la milicia, no miraba mas que á cumplir con mi deber. ¿Cómo habia de imaginar que llegaria un día en que diese la paz al imperio? Al cabo de diez años, vuelvo lleno de gloria á mi patria, cerca de la tumba de mis antepasados, y encuentro á los ancianos que dejé. Cuando entré en el servicio como simple soldado, ví á los mas valientes y estimados oficiales dejar que sus dependientes arrebatasen á las mujeres, á los niños y la hacienda del pueblo. Indignado por tales latrocinios, y compadeciendo á los desgraciados, en cuanto pude levanté la voz contra los que toleraban semejantes excesos; pero no siendo oído, tomé el partido de separarme de

(1) En 1852 mandó Nicolas de Rusia al vicemirante Putjatin para trabar relaciones mercantiles: desde entónces acá las armas y los tratados del Norte-America han puesto mas abierto aquel país.

En 1834 penetró allí una mision americana, y el 31 de marzo hizo el tratado de Kanagawa. En 1838 hizo otro la Francia, estableciendo una mision en la Corea, fueron entónces allá los Prusianos y los Suizos, y en 1862 vémos una embajada japonesa en París. Véase Thassiron, *Notes sur le Japon, la Chine et l'Inde*. Paris, 1861.

(Nota de 1862.)

ellos. Me circunscribí á los oficiales que dependian de mí, recomendándoles no consintiesen tales desafueros, para que el pueblo conociera que habíamos tomado las armas á fin de dulcificar sus males, y asegurarle una paz sólida. El Cielo aprobó mi conducta, pues que desde la posicion mas humilde me ha elevado á la dejefe vuestro. » Por último, sometió tambien á Pekin, adonde trasladó su corte. No tardaron en acudir allí los embajadores de cuarenta reinos extranjeros, llevando consigo objetos raros, entre otros un leon, el primero que se vió en la China. Llegaron tambien embajadores del Japon, de Corea, de Formosa, de Filipinas y de otras islas meridionales. Para borrar el recuerdo de la dominacion extranjera, restableció el ceremonial, tal como existia ántes de los Mogoles, y obligó á todos á vestirse á la china. Hizo escribir la vida de los personajes que se habian señalado desde los tiempos mas remotos, añadiendo sus retratos, y renovó la ceremonia de labrar la tierra y el sacrificio al espíritu de las moreras, para que prosperase el gusano de seda.

Cuando aun no era mas que el poderosísimo competidor de los Mogoles, habia fijado su residencia en Nanking, que adornó con palacios y templos. Despues de haber ofrecido el sacrificio al solsticio de verano, condujo á su hijo á campo raso y le dijo: « Mira estos contornos; observa con qué ardor trabajan los labradores esparcidos por todas partes: confian en este momento á la tierra la simiente destinada á producir frutos en otra estacion. Para nosotros trabaja esta pobre gente; para alimentarnos se fatigan y sudan. ¡Felices si despues de debilitados por la faena, les queda alguna comida miserable con qué reparar sus fuerzas! Nuestros abuelos pertenecian á esta clase; yo los he visto bañar la tierra con su sudor. Mi suerte seria igual á la suya, si hubiese tenido fuerzas para el trabajo; Dios lo ha querido de otro modo. No debemos olvidar, sin embargo, la humildad de que hemos salido para llegar al colmo de los honores. Si el Cielo te coloca en el puesto que yo ocupo actualmente, acuérdate siempre de estas palabras, que ellas te inspirarán sentimientos de compasion respecto de tus súbditos, dispondrán tu ánimo á aliviarlos, é impedirán que te abandones á un loco orgullo. »

Mientras que sus generales perseguian los restos de los Mogoles, Chu se ocupaba en consolidar su dominacion por medio de instituciones prudentes, dictando para la paz del país sabios decretos. Dispuso que el que poseyese soberanía, no extendiera la jurisdiccion fuera de su territorio, ni se mezclase en los negocios públicos; que los eunucos no obtuvieran cargos civiles ni militares; que no se admitiera entre los bonzos ningun hombre ni mujer ántes de cumplir cuarenta años; que los veintisiete meses señalados para llevar luto por los parientes difuntos quedasen reducidos á veintisiete

dias. También hizo recopilar todas las leyes antiguas y modernas, que formaron 300 tomos; restableció las escuelas; restauró los sepulcros de los antiguos emperadores; formó el mapa del imperio; mandó que se buscáran cuidadosamente los libros, y que de cada obra se colocase un ejemplar ó dos en su biblioteca; quiso además que cada ciudad tuviese la suya. Moderó las prodigalidades que habían hecho odiosos á los Mogoles; derribó sus suntuosos palacios, y substituyó figuras de cobre á las de oro y de plata, yendo estos metales á ingresar en las cajas del Estado para atender á las necesidades públicas. En cuanto á las mujeres que se hallaban en el palacio cuando lo tomó, les permitió que se retirasen al lado de sus parientes ó donde gustasen. Habiéndosele presentado un mandarin vestido con un magnífico traje, le preguntó: «¿Cuánto os ha costado ese vestido? — Quinientas monedas. — Con esa suma tiene para vivir cómodamente un año una familia de diez personas. Tanto lujo denota en vos prodigalidad y orgullo, porque es superior á vuestra clase. Guardáos de volver á presentarnos delante de mí con tal tren, ó haré con vos un escarmiento.»

Los letrados, orgullosos con la protección que recibían, no cesaban de darle consejos, y de presentarle todos los días nuevos proyectos. Todos los oía, pero después obraba con entera independencia. Un día los reunió y les dijo:

Los antiguos escribían poco pero bien, y siempre con la intención de inspirar amor á la virtud y al deber, de hacer que se apreciase á los grandes hombres y de facilitar la observancia de las leyes y de las costumbres. En el día sucede todo lo contrario; los letrados escriben mucho y sobre objetos de ninguna utilidad real. Los antiguos escribían sencillamente, y sus escritos estaban al alcance de la capacidad común: su estilo era fácil y sus expresiones claras: decían muchas cosas en pocas palabras. El estilo de los modernos es difuso y afectado; las ideas están ahogadas por la frase, pues andan buscando los términos más oscuros y antiguos; de manera que pudiera decirse que escribían para que nadie los entendiera. Vosotros que sois la flor de la literatura, esforzáos en hacer que renazca el buen gusto, lo cual conseguiréis imitando á los antiguos (1).»

Añadirémos á esta lección otra no menos oportuna. Un mandarin letrado, á quien preguntó un día si el pueblo estaba contento, le respondió: «Señor, estoy enteramente consagrado al estudio y á los libros, y no me cuido de lo que pasa en el mundo. — ¿Cómo? contestó el emperador; ¿sois mandarin ó ignoráis las necesidades del pueblo? ¿y no podéis decir en qué estado se encuentra? Mientras un letrado

(1) Para que no se diga que satirizo á mis contemporáneos, cito la fuente de donde he tomado estas noticias; AMIOT, *Portrait inédit de Ming-tsai-tsou*.

se halla estudiando, debe proponerse por objeto único la instrucción, á fin de poder luego instruir á los demás; pero una vez que ha obtenido los grados y que ha sido admitido entre los mandarines, debe leer en el gran libro de la sociedad civil, y no ignorar nada de lo que en ella pasa, para servir según las necesidades de los empleos que se le confíen. Repetía igualmente á los letrados que perdían su tiempo en obras frívolas, ó en objetos de pura distracción, y á los Tao-ssé que buscaban el brevaje de la inmortalidad: *Ocupáos en cosas útiles*.

Otra vez sus cortesanos fueron á ofrecerle matas de trigo que contaban de cuatro á cinco espigas, diciéndole que el Cielo daba señales de su favor con tanta fecundidad, y recompensaba las virtudes del rey, á lo cual contestó: «No tengo bastante virtud para merecer que el Cielo me recompense, ni tanta vanidad que crea que haga en mi favor cosas extraordinarias. Es raro que una mata de trigo lleve cuatro ó cinco espigas, pero es una cosa natural, y no hay que felicitarme por eso. Merecería las congratulaciones si con mi buen gobierno difundiese entre todos mis súbditos la abundancia y alegría, sin faltar á ninguno de sus deberes. Haré todo lo que pueda á fin de merecer semejantes felicitaciones. Me es grato, sin embargo, que me hayáis ofrecido estas espigas: en adelante quiero que se me informe de todo lo que suceda de extraordinario en el imperio, del bien ó del mal que de ello resulte, para regular mi conducta según las circunstancias, y aprovecharme de los consejos que se me den.»

Sus disposiciones pacíficas no le impidieron recurrir á las armas; antes bien logró someter el Tibet, el Liao-tong y algunas otras tribus mogolas; aunque el antiguo emperador, retirado á Karakorum, cuna de su raza, continuó inquietando la China. Tamerlan hacía también preparativos para vengar el despojo de los sucesores de Gengis-Kan; pero su muerte le impidió probar su fortuna contra un pueblo orgulloso con su reciente emancipación. Después de haber tenido Ung-wu la gloria de librar á su país del yugo extranjero, de establecer la paz en lo interior, de reanimar el comercio, reinó treinta y un años y dejó, dice Remusat (1), la reputación de uno de los príncipes más insignes de la China, dotado de muchas buenas cualidades y sin ningún defecto esencial. Persuadido de que el pueblo obra siempre guiado por interés personal, cuidaba asiduamente de que sus súbditos no careciesen nunca de lo necesario. Su conducta, fundada al mismo tiempo en un juicio recto y en la bondad, le granjeó el amor de los Chinos y de los extranjeros. Su clemencia era igual á su valor. Habiendo caído en sus manos Maitilipala, nieto del último emperador mogol, los grandes, temiendo que se suscitáran alborotos, pidieron que fuese inmolado en la sala de

(1) *Nouv. mélanges asiatiques*, tom. II, pág. 4.

los abuelos de la familia imperial, apoyando esta política bárbara en el ejemplo de Tai-tsung, ilustre fundador de la dinastía de los Tang. Pero Ung-wu contestó: «Bien sé que ese príncipe hizo morir á Uang-schi-chung en la sala de los abuelos; pero si hubiese tenido en su poder alguno de la familia de los Sui, desposeída por la suya, dudó que obrara del mismo modo. Depositense en el tesoro público, para atender á las necesidades del Estado, las riquezas procedentes de la Tartaria; en cuanto al príncipe Maitilipala, sus padres han estado á la cabeza del imperio por unos cien años, y los míos se han contado entre sus súbditos, y aun cuando el uso constante autorizase á tratar así á los vástagos de una dinastía que se extingue, no podría decidirme á ejecutarlo.» Ordenó, pues, que le hiciesen cambiar el traje tártaro por el chino, le declaró príncipe de tercer orden, y le asignó un acompañamiento y un sueldo decente, con un palacio para él y sus mujeres. Poco tiempo después le dejó marchar á Tartaria, recomendando á las personas encargadas de conducirlo que preservasen de todo accidente al que debía continuar la dinastía mogola.

Kian-wen-ti, su hijo, demostró que había aprovechado las lecciones paternas, ocupándose en aliviar al pueblo; pero á los cuatro años de su reinado, fué destronado por su tío, que se apoderó del poder bajo el título de Ching-su, es decir, mejorador de la raza. En un principio pareció cruel; pero calmados sus temores con la sangre que derramó, dió pruebas de magnanimidad y de prudencia. Hizo quemar todos los libros de los Tao-ssé que trataban del elixir de inmortalidad, favoreció á los letrados, y habiéndose descubierto una mina de piedras preciosas, mandó cerrarla y dijo: «No quiero fatigar al pueblo con un trabajo inútil, tanto más cuanto que estas piedras, por preciosas que parezcan, no podrían alimentar ni vestir al pueblo en tiempo de carestía.» Por la misma razón mandó llevar á la casa de moneda cinco campanas de bronce de 120 libras cada una.

Reinó veintitres años, sucediéndole solo por algunos meses Yin-tsung, que dejó el trono á su hijo Yuan-tsung, el cual tenía la costumbre de disfrazarse y mezclarse entre el pueblo á fin de conocer la verdad. Habiéndose incendiado el palacio imperial durante su reinado, se renovó la antigua fábula corintia de la fusión de los metales preciosos, que produjeron uno nuevo de gran valor. Ing-tsung, su sucesor, se proponía poner término á las incesantes incursiones de los Tártaros, pero fué derrotado y cayó entre sus manos. Libertado por su hermano King-ti, mediante un grueso rescate, dejó á este el trono, retirándose á una vida tranquila; pero habiendo abdicado King-ti, á causa de sus dolencias, Ing-tsung volvió á empuñar el cetro por seis años más, y perdonó á aquellos de quienes hubiera podido vengarse.

En tiempo de Hien-tsung, Hiao-tsung, Wu-

tsung, Schi-tsung y Mu-tsung, príncipes supersticiosos y crueles, la población decreció de sesenta á cincuenta y tres millones, á consecuencia de enfermedades y de las correrías de los Tártaros. Ching-tsung, docto y amigo del saber, ordenó se imprimiese todos los años la lista de los mandarines, modelo de nuestros almanaques reales; regularizó el curso de los grandes ríos, pero vió á sus súbditos perecer á millares de hambre y á los Tártaros invadir el imperio. Habiendo Fung-ngan aprovechado aquella ocasión para reprenderle y aconsejarle que separase ciertos ministros, le condenó á muerte; pero como se presentase el hijo de Fung-ngan, ofreciendo su cabeza en lugar de la de su padre, el emperador conmutó la pena.

Los Tártaros Orientales, llamados Manchúes, principiaban á inspirar terror. Después de haberse hecho mutuamente la guerra sus siete hordas, se reunieron bajo un solo jefe y formaron un reino; pensando entonces en apoderarse de algunas ciudades. Tai-tsung, hijo de su rey, entró en la China, publicando contra esta siete agravios; y habiendo invadido el Layo-tung y el Pe-chi-li, se adelantó arrollándolo todo, se tituló emperador de la China, y los Manchúes que la conquistaron después, empiezan á contar desde él la serie de sus soberanos. Aunque fué rechazado, continuaron las hostilidades en los siguientes años, y los Tártaros llegaron hasta amenazar la capital.

Hi-tsung, nuevo emperador de la China, hombre tímido, entregado á los eunucos, reunió los recursos de todo el reino para llevar la guerra á los Tártaros, y se le persuadió á que llamase en su auxilio á los Portugueses de Macao, más hábiles que los Chinos en el manejo de la artillería. Aquella nación, que deseaba conciliarse el afecto de los Chinos, les permitió alistasen en Macao 400 hombres entre naturales y europeos; los cuales, bien armados y provistos, llegaron á Canton, y fueron festejados por todo el país, que los miraba con curiosidad, y les hacía ricos regalos. Pero los Chinos de Canton, que sirven á los Portugueses de mediadores en sus operaciones mercantiles, temiendo que obtuviesen permiso para entablarlas directamente en recompensa de sus servicios, indujeron á precio de oro á los mandarines á disuadir al emperador de depositar su confianza en aquellos extranjeros, que solo sacaron de su viaje á la China magníficos presentes y algún conocimiento del país.

Entretanto, el rey tártaro se adelantaba, favorecido por las poblaciones, y una vez tomada la capital de Liao-sung, mandó que todos los Chinos se afeitasen la cabeza, como los Tártaros, bajo pena de la vida, siendo así que antes ponían singular esmero en conservar su cabellera. Era tal el apego que tenían á las costumbres patrias, que muchos prefirieron la muerte: otros se resignaron, y entonces se introdujo ese género de adorno en la cabeza, conocido de todo el mundo. Sitió en seguida á Peking, pero no

1460-1467.

1573.

Los Manchúes.

1616.

1621.

1636. consiguió apoderarse de ella, y se persuadió de que no bastaba la fuerza para someter á la China, sino que se necesitaba además estar iniciado en aquella civilización particular. En su consecuencia envió á su hijo á que aprendiese en secreto la lengua, usos y ciencias de los Chinos. Este príncipe, que le sucedió bajo el nombre de Tsungte, excitó la admiración de los suyos, se atrajo el afecto de los mandarines y generales chinos. Había aprendido el arte de ganarlos, al paso que Hoai-tsung, hermano y sucesor de Hi-tsung (1628), con su carácter sombrío y su avaricia, se enajenaba los ánimos y aumentaba el número de las deserciones.

1641. Los Tártaros se habían dividido en dos cuerpos: el uno, mandado por Chang-ien-chung, penetró en las provincias occidentales, donde ejecutó las mayores crueldades; el otro, dirigido por Li-tse-ching, invadió las provincias del Norte, destruyó á Hai-fun-fu, capital del Ho-nan, y prosiguió el curso de sus victorias, matando á los mandarines, pero absteniéndose de ofender al pueblo, lo que le proporcionó gran número de prosélitos; tanto que de jefe de bandas se hizo proclamar emperador. Habiendo puesto sitio á Peking, se apoderó de la plaza al cabo de tres días, obrando de acuerdo con varios de los sitiados. El emperador Ming, ocupado en sus devociones y sin cuidarse de lo que pasaba, en cuanto supo que la ciudad había sido tomada, salió en busca de una muerte generosa; pero viéndose solo y sin esperanza, se retiró al jardín y escribió con su sangre estas palabras. « Los mandarines han hecho traición al emperador, por lo cual merecen la muerte, y será justo que la sufran. No se impongan castigos al pueblo porque no es culpado, y sería injusto hacerle daño. He perdido el reino que había heredado, y en mí concluye la raza real que se había prolongado en tantos reyes ascendientes míos. Cerraré, pues, los ojos para no ver á mi imperio destruido ó dominado por un tirano; me quitaré la vida para no deberla al mas indigno de mis súbditos. » En seguida se ahorcó, y lo mismo ejecutaron el primer ministro, las emperatrices y los eunucos mas fieles.

1644. Li-tse-ching se encarnizó con los cadáveres y con los vivos; pero U-san-kuei, general de los Ming, que aun se sostenía, prefiriendo el extranjero al usurpador, invitó y proclamó emperador al rey tártaro Tsung-te, que fué y venció. La muerte le impidió gozar de su triunfo. Su hijo Chun-si, de edad de seis años, verificó su entrada en Peking, donde fué saludado por el pueblo como su libertador, exclamando: *¡Quo viva diez mil años!* Así subió al trono la dinastía de los Tártaros manchúes, aun reinante.

El último emperador de los Ming había favorecido el Cristianismo, y muchos Jesuitas que se hallaban presentes á la catástrofe de aquella estirpe, nos la han descrito, informándonos de la condición del imperio. La China se dividía

entonces en quince reinos, con 4,402 ciudades amuralladas, tanto del orden civil como del militar, algunas de ellas situadas entre rocas inaccesibles y que obedecían á príncipes independientes. Los caminos públicos por mar y tierra desde Peking á las extremidades del territorio abrazan una extensión de 1,145 jorjadas, en cada una de las cuales hay un hospicio, donde los mandarines que viajan por asuntos del servicio, son tratados á expensas del emperador con una suntuosidad proporcionada á su clase. También allí son alojadas otras personas á quienes concede esta gracia el emperador, y los correos encuentran caballos y todo lo necesario para acelerar la marcha. Se contaba en aquella época en China 59.788,364 individuos varones, comprendiendo solo á los que cultivaban las tierras ó pagaban el impuesto al emperador; 902,000 soldados guardaban la muralla, con 389,000 caballos; y 768,000 estaban diseminados en tiempo de paz en lo interior del país con 565,000 caballos, tanto para las tropas como para el servicio de las postas. Ingresaban en el tesoro todos los años 13.600,000 escudos de plata (ó mas bien onzas de siete francos, cincuenta céntimos), sin contar los derechos sobre todo lo que se compraba ó se vendía, el producto de algunos millones que el emperador colocaba á un interés muy crecido, la renta de las tierras, bosques y jardines reales, y los muchos millones procedentes de confiscaciones, que todo podía ascender á una suma igual; además de 1.823,962 escudos de renta asignada á la emperatriz. A todo lo cual conviene añadir 43.328,834 sacos de arroz y de cebada que se llevaban á los almacenes de la corte; 1.315,137 panes de sal de cincuenta libras cada uno; 258 libras de minio; 94,737 de barniz; 38,550 de frutas secas; y en los guardaropas 1.655,432 libras de seda de varios colores y de diferente hilo; 476,270 piezas de seda ligera para el verano; 272,903 libras de seda cruda; 396,480 piezas de algodón tejido, y 464,217 libras en rama; 56,280 piezas de cáñamo; 41,470 sacos de habas, en lugar de avena para los caballos imperiales; 2.598,583 haces de paja de á quince libras, cuyo número se aumentó considerablemente en tiempo de los príncipes tártaros á causa de la gran cantidad de caballos que mantenían. Deberían también contarse los muchos objetos que recibe la corte á título de cánon, como bueyes, carneros, gansos, patos, pollos, caza, ciervos, osos, liebres, jabalíes, pescado fino y legumbres de todas clases; lo cual parece diariamente un mercado.

Tomamos estos pormenores del padre Gabriel Magalhan, que vivió veintinueve años en aquella corte y pasó ocho en recorrer el país; pero el padre Martin Martini (1) eleva á 150.000,000 de escudos la renta total, á 110.728,787 las familias, y á 58.917,683 los individuos varones de las clases indicadas, variando también en las demas rentas, quizá por la diferencia de tiempos.

(1) *Atlas sinensis* Ambéres, 1654.

Al paso que, en tiempo de los primeros Mongoles, se había adquirido conocimiento de muchos países, cuando las dinastías establecidas en Persia y en el Kapchak reconocían la soberanía de la que reinaba en China; bajo los Ming, cuya dominación se extendía poco hácia el Occidente, la geografía no progresó, pues en China jamás se miró esta ciencia como objeto de un estudio abstracto, sino como una rama de la administración. La dinastía de los Ming no dejó, por lo demás, huellas duraderas por carecer de vigorosas instituciones sociales y de defensa contra ataques decididos, á los cuales es quizá imposible resistir la China, en atención á que todos los conquistadores solo han pensado siempre en mantener sometido el país por la fuerza, de donde resulta que la autoridad permanece en la superficie, sin poder sostenerse contra el embate de serios peligros, porque jamás se fundió con los gobiernos.

CAPÍTULO XXI

Dinastía XXII. — Los Tai-tsing. — Misiones en la China.

El idioma de los Manchúes (1) indica su indentidad con los Tontuses actuales, y su procedencia de la antigua estirpe de los Yu-chin, dispersa por Gengis-kan. Sobreviven de esta quizá en Asia 3 ó 4.000,000 al Norte y al Nordeste en las vastas llanuras que se extienden entre Angora, el Mar Glacial, el lago Baikal y las posesiones de los Yakutis en la Siberia Oriental; al Sudeste, en las orillas del Amur y en la Manchuria, reunidas en el día al imperio chino. Las pocas personas que se encuentran en la China, propiamente dicha, sin contar los Manchúes, han abrazado el buddismo; los demas veneran supersticiosamente los espíritus.

Diferentes hordas de la familia Manchú se constituyeron en nación hácia el año 1520 á las órdenes de Aisin-Giyoro, que habitaba en las cercanías de las montañas situadas bajo el 43° paralelo y el 147° de longitud. Habiéndose aumentado en el curso de un siglo por la reducción de varias tribus, sacudieron toda dependencia de los Chinos, y proclamaron emperador á Tai-tsu: despues prosiguieron con la alternativa de victorias y derrotas que ya hemos referido; pero probablemente no se habieran hecho dueños del imperio del Medio, si las discordias intestinas no les hubiesen abierto la puerta.

1644. El jóven emperador Chun-si empleó un año en subyugar las provincias septentrionales, acercándose siempre á la capital, sin cuidarse

(1) El ilustre sinólogo Schmidt, en el mes de abril de 1831, leyó á la Academia de Ciencias de Petersburgo una memoria para probar que el nombre de Manchúes, desconocido á los antiguos historiadores, se deriva de *Mandschus'ri*, nombre que designa en lengua tártara el principio de la sabiduría de Budda, y que fué aplicado á los Tártaros despues de su conversión al buddismo.

de las plazas fuertes que dejaba á sus espaldas, y decidido á someter también las provincias del Mediodía, subyugó la Corea, y en Nankin se apoderó del último vástago de los Ming, al que mandó degollar. No permitió el miedo á los Chinos pensar en atrincherarse en sus inaccesibles montañas; sin embargo, algunos resistieron; otros se portaron como monstruos: por ejemplo, Chan-hien-chong, que cuando uno delinquía, hacía dar muerte á todos los que habitaban en la misma calle que el culpado. Mandó degollar á diez mil letrados diciendo que excitaban al pueblo con sus sofismas; al salir de Ching-tu-fur ordenó llevar á campo raso y asesinar á sesenta mil habitantes, y pareciéndole que las mujeres eran un estorbo en el ejército, dispuso que los soldados las degollasen, y él mismo dió el ejemplo, privando de la vida á trescientas de las suyas. Se proclamaba partidario celoso del Cristianismo, y decía que una vez conseguido el imperio, construiría un templo magnífico á Dios, alabándose de haber inmolado veinte mil bonzos, porque uno de ellos había excitado la persecución contra los Cristianos. Los Tártaros usaban también de un rigor excesivo con los vencidos: en Kienning pasaron á cuchillo á trescientas mil personas.

Las tropas al servicio del emperador están distribuidas en ocho banderas de diversos colores; y cuando alguna ó todas tienen que ponerse en marcha, se toca un cuerno, y se reconoce por el sitio donde suena y el modo de tocarlo, cuáles son los jefes y los soldados que deben marchar, y en qué número. Van, sin saber adónde, excepto el general, siendo el secreto el principal arte de los Tártaros, lo que no desconcertó poco á los Chinos, que los encontraban siempre donde ménos creían. Añádase que no llevan consigo trenes ni bagajes, ni se cuidan de provisiones, comiendo lo primero que han á las manos. A veces emprenden cacerías al estilo de las hordas de Gengis-kan, rodeando una montaña ó una llanura, y despues estrechándose hácia el centro, donde encierran á todos los animales. La tierra es su lecho; duermen sin mas abrigo que los caparazones de sus caballos, y en un abrir y cerrar de ojos plantan y quitan sus tiendas. Les agrada tanto esta clase de habitaciones movibles, que hacen algunas admirables por el trabajo; duermen bajo de ellas, y siempre que se ven precisados á acostarse en las casas, derriban las paredes exteriores, dejando apenas lo indispensable para sostener el techo.

Con ejércitos tan endurecidos en la fatiga, Amavang, tío y tutor de Chun-si, primer instrumento de la conquista del imperio, sometió las provincias del Norte, y despues envió á conquistar y regir las del Mediodía. Canton, grande y opulenta ciudad, rodeada toda de aguas, á excepción de un istmo, y con buena guarnición, fué la única que resistió, gracias al famoso pirata Chin-si-long. Hijo este de padres pobres, había